

servándose dentro del terreno del cristianismo, invocando los sentimientos cristianos de las masas, fué como los reformadores consiguieron destruir el terrible poder de Roma. Sin Lutero y Calvino, Voltaire y Rousseau hubieran sido imposibles.

Todavía hay otro lazo más íntimo entre la Reforma y la filosofía. El protestantismo, en medio de sus alardes de retroceso al cristianismo primitivo, era, en realidad, un primer paso fuera del cristianismo tradicional. Voltaire se complace en hacer constar que el clero reformado es ó tiende á volverse sociniano. La filosofía era un movimiento más radical, y no aceptaba el cristianismo, ni el de los Padres, ni el del catolicismo romano. Á pesar de todo, la oposición es más aparente que real. Los protestantes sólo permanecen cristianos de nombre; su cristianismo realmente es una religión nueva desde que es progresiva. Por otra parte, el cristianismo que los filósofos repudian es el cristianismo tradicional que se apoya en la ignorancia y presta alimento á la superstición. Cuando este falso cristianismo se arruine, los filósofos y los protestantes no estarán lejos de entenderse; ya se dan la mano las sectas avanzadas de la Reforma y de la filosofía.

Aquí hay que admirar la marcha providencial de la humanidad. Los reformadores y los filósofos concurren á preparar un nuevo cristianismo. Lutero y Calvino lo hacen sin saberlo y á pesar suyo; pero también sin que pueda decirse que esa tendencia les fuera extraña por completo; porque el cristianismo primitivo, al que querían volver, es, en definitiva, el de Jesucristo, y la religión del Cristo nada tiene de común con la religión de los concilios y de los Padres de la Iglesia: es lo que hoy día llamamos la religión natural. Por su parte, los filósofos, predicando la religión de la naturaleza ó la moral, no estaban lejos del cristianismo de Jesucristo. Puede decirse de los reformadores que hicieron lo que no querían hacer; pero no de los filósofos; los hay entre éstos, y Voltaire el primero, que mantienen las verdades fundamentales del cristianismo; en este sentido son protestantes.

Tenemos aquí, pues, una brillante confirmación de lo que hemos dicho: los hombres van cada día acercándose más á querer lo que Dios quiere. Lutero es un instrumento casi pasivo en manos de la Providencia. Voltaire tiene conciencia de su mi-

sion. Luego hay un gobierno providencial, y la mayor gloria de los hombres es querer lo que Dios quiere.

N.º 3.—*La Reforma y la libertad política.*

La Reforma ¿es enemiga de la realeza? ¿Es democrática y republicana en su esencia? Desde su origen, los papas la denunciaron á los reyes como tendiendo á destruir así la monarquía como la Iglesia. En 1522 escribía Adriano á los príncipes alemanes: “¿No veis que, bajo el nombre de libertad, los hijos de la iniquidad procuran sacudir toda obediencia para hacer lo que les agrada? ¿Creeis que se cuidarán mucho de vuestras leyes ni de vuestros mandatos los que queman los sagrados cánones y los decretos de los Santos Padres? ¿Os imagináis que respetarán vuestra cabeza los que se atreven á poner la mano sobre el ungido del Señor?,”

Salvo los pequeños príncipes alemanes, los reyes fueron de la opinión de los papas. Felipe II, procurando destruir la Reforma á hierro y fuego, obedecía tanto á su antipatía política contra los novadores cuanto á su fanatismo religioso. Al emperador de Alemania escribía: “El interés del Estado se liga de tal suerte al sosten de la religión, que ni la autoridad de los príncipes, ni la concordia entre los vasallos, ni la paz pública pueden subsistir con dos religiones diferentes.” Fernando II proclama, en el edicto que restableció el catolicismo en Bohemia, que con la diversidad de religiones no era posible la paz ni la obediencia al soberano. Muy cierto es que la teoría y el hecho de la república proceden de la Reforma. Precisamente esta tendencia del protestantismo calvinista le hizo sospechoso á los reyes de Francia: “Ellos se mantienen firmes en la religión antigua, dice el cardenal Granvelle, aunque no sea más que por el pretexto que los hugonotes tienen de libertad, cosa tan contraria al mando absoluto, á que los reyes cristianísimos están acostumbrados.”

¿Querían los reformadores la república y la democracia? En manera alguna. Es verdad que reivindicaban la *libertad cristiana*; pero Lutero va á decirnos si tiene algo de común ésta con la libertad política: “Es la fe, dice, quien liberta al creyente, y es libre en cuanto está emancipado de la servidumbre de las obras.” ¿Qué hay de común

entre la justificación por la fe y la república? “La religión, responde Melancthon, es ajena al gobierno civil. Dios abandona éste á la razón humana; en cuanto á nuestra ciudad, está en el cielo. Por tanto, al hablar de *libertad cristiana*, se entiende la *libertad interior*; en este sentido, nobles y villanos, príncipes y vasallos son igualmente libres.” Lutero toma ciertos aires de demócrata cuando dirige invectivas contra los papas y contra los reyes, pero está lejos de ser demócrata. El mundo, dice, debe estar regido por la fuerza. En su lenguaje enérgico, aunque vulgar, compara el pueblo al asno que quiere ser castigado. Sus palabras hacen daño, por más que estén inspiradas por un sentimiento profundamente cristiano, la humildad y el desprecio de las cosas temporales. Á los campesinos que reclamaban en nombre de la justicia la abolición de los abusos feudales escribía: “Los libros santos prescriben una sumisión absoluta á la autoridad, ordenan sufrir la injuria y prohíben perseguir el derecho en justicia. Jesucristo ha predicado con el ejemplo, demostrándonos que el derecho del cristiano es sufrir. Sea cual fuere el derecho de los campesinos, por solo el hecho de reclamar, son ya culpables.”

Seguramente que no es ese el lenguaje de un precursor del 89. Sin embargo, las tendencias republicanas de la Reforma son un axioma histórico. Montesquieu dice que el catolicismo conviene más á una monarquía, y que el protestantismo se acomoda mejor con una república. Hegel glorifica la Reforma por haber fundado la libertad intelectual; de realizar la libertad en el Estado, añade, los siglos futuros se encargarán. La libertad política está establecida en Inglaterra desde el siglo XVII sobre fundamentos tan sólidos, que no la conmueven las tempestades que agitan la Europa. ¿Á quién deben los Ingleses tal beneficio? Macaulay responde que á la Reforma. ¿Cómo conciliar estos hechos con la doctrina de los reformadores? Lutero era inconsecuente cuando pretendía limitar la libertad al hombre interior. No se puede dividir así el espíritu humano, emanciparle en una mitad y esclavizarle en la otra. Desde que el derecho del individuo con relación á la Iglesia es reconocido, debe ser también reconocido con relación al Estado. Fácil es comprender la inconsecuencia de los reformadores. En primer lugar eran cristianos, y como tales indiferentes á la ciudad terrestre, lo mismo

que los primitivos discípulos del Cristo. En segundo lugar, si hubiesen atacado la realeza al mismo tiempo que la Iglesia, ¿dónde hubieran encontrado apoyo? Su conducta, sin embargo, no fué inspirada por la prudencia ni por el cálculo: Lutero no era diplomático, pero sí sinceramente inconsecuente. ¿La mano de Dios no media en esta inconsecuencia, como en todo el movimiento de la Reforma?

Los reformadores no querían revolución religiosa, y dieron el primer paso hácia un nuevo cristianismo. Los reformadores no querían tolerancia ni libertad en materia de fe, é inauguraron la libertad de conciencia. Los reformadores no querían libertad política, y sus discípulos escribieron la teoría de la república, y la practicaron en las Provincias Unidas y en América; hicieron dos revoluciones en Inglaterra y establecieron en ella un régimen que ha sido imitado en toda Europa. Luego los reformados hicieron lo que no querían hacer; ¿quién entonces lo hizo á pesar suyo? ¿No será Dios y su Providencia? Cuando decimos que el progreso, que la libertad religiosa y política se realizaron á pesar de los reformadores, no queremos por ello decir que renegarian las consecuencias de su doctrina si pudiesen verlas. El sentimiento que les inspiró fué indudablemente el del progreso y de la libertad. En este sentido querían lo mismo que Dios quiere. Mas las preocupaciones del cristianismo tradicional fueron más poderosas. Por eso hizo Calvino perecer á Servet en la hoguera, por eso Lutero desaprobó que los campesinos se rebelaran en nombre de la libertad cristiana. Los reformadores se aproximaban á querer lo mismo que Dios, y esto constituye al par su propia gloria y la prueba de que la libertad humana se concilia con el gobierno providencial. Este concurso del hombre y de Dios resalta, con singular evidencia, en un movimiento de la Reforma que se relaciona con las más vivas preocupaciones del siglo XIX.

N.º 4.—*La Reforma y las nacionalidades.*

Uno de los primeros y de los más atrevidos escritores de Lutero fué su famoso mensaje á la nobleza alemana: “¿No es ridículo, exclama, que el papa reclame el derecho de disponer del imperio? ¿Que el emperador coja en sus manos una Biblia y un libro de preces! ¿Que el papa ore y deje á los

príncipes gobernar los reinos!... Los obispos de Roma se precian de haber trasferido el imperio romano á los reyes de Alemania. ¿Por qué entónces nuestros emperadores han sido arrojados de Roma? Los papas abandonan á los Alemanes las apariencias del poder, guardando para sí la realidad. De esta suerte nos han llevado siempre de la oreja; ¿no tienen, pues, razon en tratarnos de imbéciles? ¿Qué significa este grito de rebelion? Un llamamiento al pueblo aleman, humillado, explotado y despreciado por los sacerdotes ambiciosos que de la barca de San Pedro habían hecho un trono desde el cual dominaban sobre el mundo, con un orgullo más digno de los Césares romanos que del humilde apóstol de quien se decían sucesores. El reformador, con su voz potente, subleva la Alemania contra esa odiosa dominacion. Ábrese una lucha sangrienta que termina con la derrota del papado; y cuando el papa sucumbe, sucumbe tambien el emperador. La unidad cristiana se ha roto, la era de las nacionalidades comienza.

¡Cosa singular y que prueba cuánto cuesta á los hombres despojarse de sus viejas preocupaciones! Los reformadores, al mismo tiempo que arruinaban el papado, querian conservar el imperio, creyendo tener de su parte la más alta autoridad, la palabra divina. Daniel, el gran profeta, predijo que la monarquía de Roma sería la última; y el imperio de Alemania ¿no era el santo imperio romano? Luego debía ser tan indestructible como el reino de Cristo, porque ambos descansaban sobre la fe de las mismas profecias. Estas profecias, como gran parte de los dogmas católicos, eran una herencia del cristianismo tradicional que los reformadores aceptaron al principio, pero que rechazaron bien pronto, como escombros de un pasado muerto, no pudiendo las instituciones muertas resucitar, como tampoco resucitan los hombres que en otros tiempos las animaban con su vida. La unidad católica, mediante el papa y el emperador, estaba rota, por el solo hecho de rechazar los protestantes el papado. Si el vicario de Cristo se veía obligado á abdicar sus pretensiones, con mayor fundamento carecía de razon de ser el vicario temporal.

La Reforma era esencialmente hostil á la idea de monarquía universal; y no sin motivo, porque si la monarquía universal hubiera llegado á establecerse, hubiera hecho imposible la revolucion re-

ligiosa. ¿En quién encontraron apoyo y proteccion los reformadores? En los príncipes alemanes, es decir, en los enemigos natos de la potestad imperial. Los príncipes, abrazando la Reforma, pusieron fin virtualmente al santo imperio. ¿Se concibe un imperio que se llama *santo* por ser el brazo armado de la Iglesia católica, y electores heréticos disponiendo de esta santa corona? El protestantismo y el santo imperio eran incompatibles. Dirémos más: el protestantismo, obra del genio germánico, es por esencia hostil á toda monarquía universal. La individualidad alemana conduce lógicamente al principio de nacionalidad; al paso que si se admite un papa vicario de Dios, hay que admitir necesariamente un emperador vicario temporal del Cristo, encargado de proteger y defender su Iglesia. Tan cierto es que la idea de monarquía universal es católica, que siempre fueron príncipes católicos, aliados del papa, los que aspiraron á la dominacion del mundo, al paso que los príncipes protestantes se consagraban á la defensa de las naciones contra las pretensiones de los papas, de los emperadores y de los reyes católicos. Carlos V legó su ambicion como una herencia á su familia; y cuando la casa de Austria se vió obligada á renunciar sus soberbias pretensiones, las trasmitió á su vencedor. ¿Quién estorbó esas peligrosas tentativas? Isabel de Inglaterra, Gustavo de Suecia, Guillermo de Holanda.

Estos nombres recuerdan largas guerras y largos de sangre. ¿Por qué el principio de nacionalidad no triunfa sino despues de esas terribles luchas? Precisamente porque se liga tan estrechamente con el protestantismo como la monarquía universal con el papado. La revolucion del siglo XVI conmovió todo el edificio de la Edad Media; mas la unidad católica era una unidad con dos cabezas, el papa y el emperador. Ambos pretendían la monarquía universal. Los reformadores combatieron al papa únicamente; pero el emperador comprendía que sus títulos á la monarquía serían papel mojado si el papa dejaba de ser el amo de la cristiandad. De aquí la coalicion de dos ambiciones: espiritual y temporal. El emperador ayudó al papa á restablecer su dominacion religiosa; si hubiera vencido, hubiera sido *ipso facto* monarca del mundo cristiano, como vicario temporal del Cristo. Por lo mismo que un lazo íntimo ligaba al papa con el emperador, la Reforma no podía ata-

car al uno sin combatir al otro. Así la lucha dió por resultado abatir juntamente el poder del papa y el del emperador. Despues de la paz de Westfalia ya no hay papado ni imperio; no hay más que reyes, órganos de las naciones, hasta que los pueblos soberanos vengan á reemplazarlos.

El papa y el emperador tenían intereses comunes que explican su alianza, pero tenían tambien intereses encontrados. El papa no quería la dominacion universal del emperador, porque entónces quedaria reducido á ser su capellan. Por su parte, el emperador no quería la dominacion incontestada del papa, porque hubiera quedado reducido al papel de brazo armado de la Iglesia. ¡Singular contradiccion de los hombres! El papa y el emperador querian y no querian al mismo tiempo la monarquía. Cada cual, en definitiva, procuraba sólo su interes. Ambos sucumbieron; ¿quién fué vencedor? El principio de independencia y de soberania de las naciones. ¿Á quién debemos tan inmenso beneficio? Al protestantismo, pero entiéndase bien, al protestantismo en tanto que es la expresion del elemento germánico, no al protestantismo en cuanto es cristiano. Como cristianos, los protestantes comenzaron por creer en la eternidad del imperio. Como Alemanes, combatieron á todos los pretendientes á la monarquía universal, lo mismo al emperador que al papa. El individualismo es el carácter distintivo de las razas germánicas y marca su mision. En el siglo V, los Bárbaros destruyen el imperio romano; en el XVI, sus descendientes ponen término al papado y al santo imperio.

Aquí no puede decirse que los reformadores hicieran lo que no querían hacer. Los representantes del pasado, el papa y el emperador, querian mantener una unidad imposible, y son instrumentos en las manos de Dios, porque rompen, á pesar suyo, la unidad que hubieran querido perpetuar. Traban una guerra á muerte á los protestantes para destruir la Reforma y para levantar sobre sus ruinas su propia dominacion. ¿Cuál es el fin de la guerra? La paz de Westfalia. El emperador, al firmarla, abdicó. El papa no quiere abdicar y protesta, pero su protesta es un vano ruido de palabras á que nadie presta atencion. Los protestantes tienen tambien sus debilidades y sus inconsecuencias, pero están en el camino del porvenir, camino abierto por Lutero cuando excitó á la nobleza alemana á sublevarse contra el orgulloso sacerdote que

dominaba desde Roma. Por segunda vez la raza germánica entra en lucha contra la monarquía universal. Los Bárbaros no tenían conciencia de su mision: literalmente son instrumentos y nada más en la mano de Dios. No se puede decir lo mismo de los protestantes. De los dos pretendientes á la monarquía, era el papa el más peligroso, porque ni la libertad cristiana respetaba. Contra él dirigen sus ataques los reformadores, y lo gran derribar al coloso. Luego han querido aquí lo mismo que Dios, dentro de los límites de la imperfeccion humana. ¡Consolador espectáculo para nuestra debilidad! La humanidad comienza por asemejarse al niño recién nacido, á quien falta conciencia de su vida, y necesita una mano que le sostenga y que guíe sus primeros pasos. Tiene, sin embargo, su mision, que está escrita en las facultades con que Dios le ha dotado, y la llena bajo la mano de los que presiden su educacion. Más tarde él mismo tomará la direccion de su destino con plena libertad, pero procurando que su voluntad concuerda con la de Dios. ¿No sucederá otro tanto respecto á la humanidad? Por lo que dice relacion á la educacion del género humano en la historia, no cabe duda.

§ VI.—La Revolucion (1).

N.º 1.—La Revolucion y la propaganda de la libertad.

I.

¿De dónde procede la Revolucion? Los hombres del 89 responden: de la filosofía. "Voltaire, exclaman, no ha visto todo lo que se ha hecho, pero ha hecho todo lo que nosotros vemos. El primer autor de esta gran revolucion que asombra á la Europa y esparce en torno la esperanza en los pueblos y la inquietud en las cortes es, sin disputa, Voltaire. Él es quien ha derribado la barrera más formidable del despotismo, el poder religioso y sacerdotal. Si no hubiese roto el yugo de los sacerdotes, nunca se hubiera roto el de los tiranos. Débesele la emancipacion del espíritu humano." Si, los filósofos fueron los libertadores del espíritu

(1) Véanse los testimonios en las partes décimatercia y decimaquinta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.